

en Ledan, provincia de los Hazitas, el 28 de mayo, y las vírgenes fueron trasladadas de Ledan á Lapet, en donde fueron coronadas con el martirio. En estas mismas actas tenemos los nombres de estos bienaventurados mártires. Además de los santos Abdas y Ebedjesu, obispos, eran los sacerdotes Abdalah, Simeón, Abraham, Aba, Ajabel, José, Ham, Ebedjesu, otro Abdalah, Juan, otro Ebedjesu, Maris, Barhadbesciab, Rozicha, otro Abdalah y otro Ebedjesu, ó sean, dieciseis sacerdotes. Los diáconos eran Eliab, Ebedjesu, Han, Marjab, Maris, Abdia, Barhadbesciab, Siméon, y otro Maris, ó sean, nueve. Los monjes eran Papa, Evoles, Ebedjesu, Fachide, Samuel y otro Ebedjesu, ó sean, seis. Las vírgenes eran Maria, Tata, Ema, Adrama, Mama, otra Maria y Maracha, ó sean, siete.

El día en que san Abdas y sus compañeros fueron decapitados, dos santos monjes llamados Barhadbesciabas y Samuel, que no habían sido presos con los demás, y que les habían seguido para ver si podían socorrerlos, vinieron á la ciudad con objeto de proporecionarles subrepticamente alimentos, pues no se les daba de comer en la prisión; pero encontraron que á la hora tercera de la mañana les habían sacado al campo para decapitarlos. Penetrados su corazones del más vivo dolor, corrieron al paraje en que habían sido ejecutados, y reconocieron primeramente el cuerpo del santo obispo Abdas: se arrojaron sobre él, lo abrazaron y besaron derramando abundantes lágrimas. Dirigiéndose despues á los verdugos, les dijeron con un celo digno de su fé. « ¿Porque no nos dais muerte como á estos? La muerte que han sufrido es mucho más dulce y consoladora que esta miserable vida. » Se expresaron en términos los más enérgicos contra el impío edicto del rey y contra su crueldad, no dudando que los soldados que guardaban sus santos cuerpos, irritados de la libertad con que hablaban del rey, les darían muerte.

Pero los tres jueces que habían presidido la ejecución de los Santos no se atrevieron á hacer nada contra ellos sin una nueva orden del rey, objetando que no estaban en la lista de los sentenciados. Enviaron, pues, á pedir órdenes, y entre tanto los dos religiosos no cesaban de exclamar: « Somos cristianos, profesamos la misma religión que los que acabais de asesinar. Creemos en un solo Dios verdadero, y despreciamos vuestros dioses, que no son más que divinidades imaginarias. » Informado el rey de esta confesión, envió la orden de decapitación, que fué ejecutada inmediatamente en el mismo paraje, mezclándose de esta manera la sangre de estos confesores con la sus compañeros. El santo obispo Ebedjesu, así como el sacerdote Abdalah, aún no habían sido ejecutados, y ordenó el rey que se les sacase de la prisión, y que, si perseveraban en su confesión, se les cortase también la cabeza. No estaban en disposición de andar, porque tenían inutilizados sus miembros á fuerza de tormentos. Entónces los verdugos los llevaron sobre sus espaldas al mismo lugar en que habían dado muerte á los demás, y consumaron su martirio.

En cuanto á las siete vírgenes de que hemos hablado, se las llevó á Lapet cargadas de cadenas, para que fuesen juzgadas por el gobernador de esta ciudad. A su llegada se indignaron todos los habitantes, al ver que tan inicuaamente eran tratadas. Por todas partes se oía decir: « Estas jóvenes son inocentes, y no pueden sufrir la muerte, sin que se cometa la mayor de todas las injusticias. » Pero esto no impidió que el gobernador las hiciese llevar el campo, en donde levantando su tribunal, les dijo: « Si obedecéis al rey, si consentís en contraer matrimonio, sereis puestas en libertad, y os evitareis la pena de muerte. Pensad bién lo que haceis. -- No conocemos, respondieron, ni adoramos más que á un solo Dios: podeis ejecutar desde luego las órdenes que se os han dado, pues no queremos obedecer

los mandatos injustos del rey, ni adorar al sol, ni renunciar á nuestra virginidad. » Entónces el gobernador ordenó que se les cortase la cabeza, y á la noche siguiente los cristianos de la ciudad retiraron sus cuerpos, y les dieron sepultura.

§ VI. — *Solitarios de la India.*

Es innegable que en tiempo de san Jerónimo había monjes en la India, pues escribiendo este santo Doctor á Leta, dice textualmente : « Todos los dias recibimos á una multitud de solitarios que vienen de la India, de la Persia y de la Etiopa; » pero no tenemos noticias de sus monasterios ni de su disciplina regular. La vida monástica ha de haber sido introducida en este pais por la Siria ó la Persia, y por los discípulos de Eugenio, que se extendieron por el Oriente, como hemos dicho en otro lugar. La historia de san Josafat, hijo de Abener, que reinaba de la India oriental, y que fué convertido á la fé por san Balaam, eremita, es muy célebre y conocida de todo el mundo; pero no todos los sabios la juzgan favorablemente. Hay unos que no la consideran sino como una instrucción moral, que ha presentado el autor como figuras, para que se reciba más agradablemente. Tal es la opinión de Baillet. Otros, como Tillemont, la creen verdadera en cuanto al fondo, pero recargada de circunstancias imaginadas según el genio de los orientales. Ha habido un san Balaam y un san Josafat. Los griegos honran á éste en el dia 26 de agosto, y de uno y otro hace mención el Martirologio romano el dia 27 de noviembre. He aquí como se expresa Tillemont despues de haber discutido las actas : « El autor ha podido ser engañado por falsas memorias, y haber engañado á los demás, fundándose en la autoridad de san Juan Damasceno (al cual

las atribuyen algunos); pero yo no puedo afirmar semejante cosa, miéntras no haya pruebas suficientes; y no habiéndolas, es preferible, como dice el abad de Bili, que tiene estas actas como verdaderas, dar ménos lugar á las sospechas que á la caridad que todo lo cree. » No nos extenderemos, pues, mucho en la vida de estos Santos. El autor de ella distingue tres clases de religiosos : unos que vivían en entera soledad : otros que habitaban en celdas muy distantes unas de otras, y que se reunían todos los domingos en la iglesia, y otros que servían á Dios en el claustro bajo la obediencia de un abad. Aún suponiendo que esta historia fuese una piadosa ficción, lo que no podemos creer en cuanto al fondo, el que la ha escrito ha querido, sin embargo, guardar la verosimilitud, y no es de creer que hubiese distinguido estas tres clases de religiosos en la India, si no hubiesen existido realmente. La persecución que Abener hizo á los monjes de sus estados, y el martirio que muchos sufrieron de órden suya, no parecen ser una ficción. No basta decirlo así, para que lo sea efectivamente : es preciso dar pruebas y éstas no existen.

Poseemos un excelente tratado ascético, que Juan, obispo de los Carpatos, compuso á instancias de algunos monjes de la India, para consolarlos y fortalecerlos en las diferentes tentaciones que sufrían, y que parecían abatirlos. Focio había leído este tratado, puesto que habla de él en su biblioteca, lo que demuestra que este autor es muy antiguo. Es una colección de cortas sentencias, muy propias para la instrucción de los religiosos y de las personas que sufren tentaciones.

1ª — El reino de Dios es eterno : así es que los que quieren poseerlo deben perseverar en su santo servicio. Es preciso que no se dejen halagar por la gloria del siglo, que es muy pasajera; sino que deben aspirar á la bienaventuranza eterna.

2ª El real Profeta, despues de invitar á los espritus celestiales á que alaben al Señor, invita también á las demás criaturas, aún á las que están destituidas de razón, á que le alaben á su manera, y con más razón debe tributarle este homenaje de alabanza un religioso ¿ como podrá descuidarlo, ó cumplirlo con negligencia ?

3ª Si os sentís acometidos por muchas tentaciones, no permanezcais indiferentes, sino esforzaos por combatir las y rechazarlas, y si teneis la felicidad de triunfar de ellas, no lo atribuyais á vuestras propias fuerzas, sino á la gracia del Señor.

4ª Si el demonio se esfuerza por excitar en nosotros afeciones malas, opongámosle la meditación de la palabra de Dios y la perseverancia en la oración, acompañada de lágrimas. De esta manera le haremos huir.

5ª El ayuno espiritual es muy conveniente á los religiosos, porque les hace resistir á los malos sentimientos que en ellos se suscitan, y conserva la paz de sus almas.

6ª Los demonios, que nos profesan un odio implacable, mueven con frecuencia á muchas personas á que nos alaben, y procuran que nos complazcamos en estas alabanzas. Si las escuchamos, han alcanzado lo que deseaban, y conseguido cautivarnos.

7ª Dad la preferencia al que os contraría, y no al que os aplaude; porque éste os causa tanto perjuicio como el que habla mal de vosotros.

8ª Si estais enfermo, y no podeis practicar el ayuno, suplido dando gracias al Señor por vuestra enfermedad. De esta manera no os hareis ménos digno de su misericordia, puesto que tendreis contricion, os humillareis, y no os ensalzareis sobre los demás.

9ª Conociendo el demonio cuán grande es la necesidad de la oración, sobre todo para resistir á sus tentaciones, procura distraer el espíritu con pensamientos y deseos de es-

tudio, á fin de que la descuidemos para aplicarnos á las ciencias. Guardémonos, pues, de escuchar estas seducciones: pues equivaldría á que, en lugar de cultivar buenos frutos, sembrásemos espinas y zarzas.

10ª Cuando cantemos los salmos, hagámoslo con alegría de corazón, y concibamos un temor respetuoso á la majestad de Dios á quién alabamos.

11ª El que se encuentra agitado por sus pasiones, las someterá por medio de la fé y de la humildad.

12ª Cuanto más seamos tentados por la malicia del demonio, tanto más nos confirmaremos en la fé y en la esperanza, si detestamos la tentación: pues ésta nos hace comprender que los bienes que Dios nos promete deben ser muy grandes, por lo mismo que el demonio hace tantos esfuerzos por privarnos de ellos.

13ª En los dias festivos, y cuando hemos de participar de los divinos Misterios, es cuando el demonio hace mayores esfuerzos por turbarnos con fantasmas impuros. No nos dejemos, pues, abatir ni desanimar, sino opongámosle una resolución cada vez más firme de consagrarnos más enteramente al servicio de Dios.

14ª No nos precipite la tentación en la tristeza, continuemos, á pesar de sus esfuerzos, sirviendo á Dios con gozo, y considerando que la corona que tiene reservada á los que combaten por su gloria, está formada de actos de paciencia que practicamos en la tribulación.

15ª Evitad las conversaciones inútiles, y con más razón las bufonadas. Conservaos en el temor del Señor, en la atención á su santo presencia y en la meditación de las santas Escrituras.

16ª No se puede alabar suficientemente al que practica una vida de recogimiento interior, y cuya alma crece constantemente en la virtud. Sin embargo, por grande que sea el grado de perfección á que haya llegado, debe siempre

temer caer en pecados pequeños, á la manera que el elefante teme al ratón, por pequeño que éste sea.

17^a Siempre es de temer la tentación por pequeña que sea, porque si la miramos con indiferencia, nos detendremos en el camino de la perfección.

18^a No hollareis con vuestros pies el aspid y el dragón, como dice el real Profeta, si los Santos no presentan ante el trono del Señor vuestras humildes súplicas.

19^a Si tenemos la desgracia de sucumbir á la tentación, no nos desanimemos, pues recurriendo á la oración, nos levantaremos de la caída.

20^a No podemos estar exentos de tentación ; sin embargo, resistiendo generosamente los trabajos que nos proporciona, se cambia en lágrimas de consuelo.

21^a Si formais la resolución de mortificaros en alguna cosa, como por ejemplo, en comer pescado, esperad seguramente que habeis de padecer alguna tentación en ello, así como el demonio tentó á Adam, para que comiese de la fruta que se le había prohibido.

22^a No tomeis solicitud por las cosas de la tierra, sino confiad en Dios que cuidará de vosotros con más solicitud que con la que vosotros mismos pudiérais hacerlo.

23^a Si queremos ser agradables á Dios y hacernos dignos de su gracia, desocupemos nuestros corazones de todas las cosas de este mundo.

24^a No podemos salir del estado de pecado sin animarnos y hacernos violencia.

25^a El demonio nos tiende sus lazos como el león se los tiende á la oveja ; pero si obramos con sabiduría, nosotros se los tenderemos á él, y lo cogemos en ellos. ¿ Cuales son estos lazos ? La oración, la salmodia, las vigiliias, la humildad, la caridad, la acción de gracias, y la lectura de los Libros santos : estos son los lazos, las fosas, las ace-

chanzas y los tormentos que nosotros podemos preparar al maligno espíritu.

26^a Los cinco hombres que fueron enviados por la tribu de Dan para que explorasen el terreno que Josué la había designado, regresaron diciendo : *Levantaos, subamos contra ellos* (los filisteos) : *por que hemos visto una tierra muy rica y fertil : no seais descuidados ni perdais tiempo. Vamos á ocuparla, que lo haremos sin trabajo* ¹. El mismo lenguaje emplean los demonios contra los monjes : vienen á turbar su soledad y su reposo, y les atacan con tanto más furor, cuanto más consagrados los encuentran á Dios y á sus deberes. Se esfuerzan por arrancar de sus corazones la esperanza en Jesucristo, para sumirlos en la desesperación : pero los buenos religiosos deben decir como David : *El Señor les retornará la iniquidad de ellos, y en su malicia los destruirá : los destruirá el Señor Dios nuestro* ².

27^a Oigo á algunos monjes, que, no pudiendo ayunar por falta de salud, dicen : ¿ como podremos defendernos del demonio, si no ayunamos ? A lo cual les respondo, que no se vence este enemigo sólo con la abstinencia, sino principalmente levantando el corazón á Dios.

28^a El que, habéndo gustado las dulzuras de Dios y la paz del alma durante algún tiempo, murmura cuando se vé atacado de alguna tentación en vez de sufrir y combatir con paciencia, es semejante al mendigo que, habiendo sido socorrido en la puerta de un palacio, se retirase murmurando de que no se le había admitido á la mesa del señor.

29^a Vemos con frecuencia los golpes que el demonio dá á nuestra alma : ¿ por qué no hemos de ver también los que le damos nosotros con la contrición, con la paciencia, con la oración y con la práctica de las demás virtudes ? Dios lo

¹ Judic. xviii, 9.

² Ps. xciv, 23.

ha dispuesto de este modo, á fin de que, á la vez que nos turban, sean ellos mismos turbados.

30ª Al alma que se siente tentada de desanimación por la violencia de las tentaciones digámosle : Llénate de esperanza, y vivirás, y conocerás que el Señor está contigo.

31ª Estad firmes, y no caereis ; pero si caeis, levantaos al punto, y entrad en el combate con nuevo ánimo, y aún cuando caigais mil veces, levantaos otras tantas. Es un mal mucho más grande caer en la desesperación que pecar, así lo demuestran el ejemplo de Júdas que se desespera, y el de san Pedro, que llora despues de haber negado á Jesucristo.

32ª El solitario debe declarar una guerra implacable á tres vicios : á la gula, á la vanagloria y á la avaricia, que es una especie de idolatría.

33ª Así como Dios se sirve de los hombres, para nuestra salvación, así también el demonio se vale de ellos para nuestra perdición. Por esta razón no debeis contraer estrecha amistad con un hombre que desprecia á su prójimo, que es astuto y hablador, ni con los que tienen malas inclinaciones, porque naufragareis al mismo tiempo que él.

34ª El que desea ser amigo de Dios, debe trabajar por conservar en su alma la misma pureza que ha recibido de Jesucristo por medio del santo bautismo.

35ª Una sola palabra abrió el cielo al buén ladrón, y otra impidió á Moisés entrar en la tierra de promisión. Esto nos enseña que no deben mirarse con indiferencia los pecados de la lengua.

36ª Encerrémonos dentro de nosotros mismos, y desterramos el recuerdo de todas las imágenes de este mundo visible, para no ocuparnos más que de Dios, si queremos no ser seducidos por los sentidos que no nos ofrecen más que vanidades.

37ª Imitad al profeta Eliseo, á quién el ardiente amor

de Dios movió á despojarse de todo. Dad á los pobres y á los monasterios todo lo que teneis, y despojados de esta manera, caminareis por las huellas de Jesucristo, subiendo al Calvario y llevando vuestra cruz, en la cual habeis de morir voluntariamente para entrar en la gloria.

38ª No os extrañeis de que muchas personas que no tienen reposo consigo, quierau turbar vuestras almas : no os irriteis contra ellas, y oponedles una perfecta sumisión á la voluntad divina.

39ª Obrad de manera que vuestro corazón sea una especie de altar, en el cual arda constantemente el fuego de vuestras oraciones y meditaciones.

40ª Nunca antepongais el estado secular al vuestro, aún cuando algunos seglares sean más perfectos que vosotros. Sí, convengo en ello : sois grandes pecadores ; pero teneis más ocasiones de practicar la virtud que ellos, por lo mismo que tienen que atender á los negocios temporales. No os admireis, pues, de que sufrais muchas tentaciones y trabajos de espíritu, miéntras que las gentes del mundo apenas los padecen. Éstas no son tentadas por el enemigo, porque vé que lo son suficientemente por sí mismas, por los cuidados que las agovian y por los placeres que el mundo les proporciona. En cuanto á vosotros, el demonio os declara la guerra, porque os vé en un estado, en que todo lo que os rodea es bueno : así es que os ataca con mas violencia para abatiros, y para que os disgusteis de vuestro estado.

Tal vez os parecerá que los que viven en el siglo son más felices, porque, al parecer, sufren ménos trabajos ; pero aún cuando así fuese, ¿ no veis que los que se hallan consagrados á Dios tienen que ser más probados por la tribulación, y que el demonio ha de perseguirlos con más furor ? Considerad lo que hace un amo con sus criados : por más que los ame, tiene que reprenderlos y aún casti-